

Capítulo 1



MI PRIMERA EXPERIENCIA DE HABLAR EN LENGUAS

NO HAY NADA en mis primeros años que pudiera sugerir que yo sería un buen candidato para hablar en lenguas. De hecho, precisamente fue todo lo contrario. Aunque fui criado en un hogar devoto donde ambos padres eran cristianos fervientes y mi única hermana, cuatro años mayor que yo, era igualmente nacida de nuevo, nuestras vidas fueron apartadas lejos de cualquier cosa que fuera carismática. Antes de entrar a la universidad de Oklahoma en 1969, mi familia había asistido a la iglesia *Bautista del Sur* en la ciudad en que vivíamos. Mientras estaba en la universidad en Oklahoma City, yo era muy activo en una iglesia bautista independiente cuyo personal pastoral completo estaba compuesto de graduados del Seminario Teológico de Dallas, una institución a la que más adelante asistiría y que es ampliamente conocida por su teología dispensacionalista y cesacionista.

Hasta ese punto en el tiempo, raramente se sabía que los bautistas del sur estuvieran involucrados en lo que se ha llegado a conocer como la Renovación Carismática.¹ Todos creíamos en el Espíritu

Santo, pero se decía poco de Él o de su ministerio aparte de su obra en producir lo que se conoce como el nuevo nacimiento. Si nuestros hermanos pentecostales y carismáticos se mencionaban alguna vez, y era muy raro que fueran destacados en una conversación amable, se les calificaba de ridículos y arrogantes. En mi casa se les conocía como “tartajeros”, gente que regularmente habla una jerga sin sentido ni significado.

No fue sino hasta el verano de 1970, después de mi primer año en la universidad de Oklahoma, que tuve mi primer encuentro con cristianos carismáticos. Aunque mi padre no era partidario de esto, él me concedió permiso para participar en un proyecto evangelístico de verano en el lago Tahoe, Nevada, patrocinado por lo que se conocía en aquel entonces como *Cruzada Estudiantil y Profesional para Cristo* (ahora Cru). La mayoría de los treinta y cinco, más o menos, que estaban presentes trabajaban durante el día y, durante la noche, participaban en un estudio bíblico o en evangelismo de la calle o la playa. Yo trabajé todo el verano en una gasolinera Shell, al otro lado de la calle de donde todos vivíamos. No era muy divertido, excepto por los viernes, cuando las bandas de motociclistas de Sacramento y San Francisco bajaban a la ciudad turística. Su primera parada al atravesar las afueras de Tahoe era para llenar el tanque de gasolina en mi estación de servicio. Le agradezco a Dios por la audacia y la oportunidad para compartir el evangelio con algunos de ellos antes de que finalizara el verano.

Mi perspectiva sobre la iglesia y los cristianos en conjunto fue profundamente sacudida ese verano. Esto se debió, en buena medida, a la visita que hice al campus de la universidad de California en Berkeley. Usted debe recordar que esto fue a finales de la primavera, principios del verano de 1970. Era la época de los *hippies*, la guerra de Vietnam y sus manifestantes, los disparos en Kent State, las drogas alucinógenas y el surgimiento de lo que llegó a conocerse como el movimiento de Jesús. Mientras que en Berkeley, yo pasaba un par de días con quienes se hacían llamar el Frente Cristiano para la Liberación del Mundo (CWFL por sus siglas en inglés).

Permítame asegurarle que nada en mis diecinueve años como bautista del Sur, de Oklahoma, ¡me preparó para el acercamiento poco convencional al cristianismo que encontré allí! Aunque mi exposición a el CWLF fue breve, fui positivamente desafiado a ser un poco más abierto y tolerante de quienes adoraban y vivían su vida en Jesús en maneras que diferían de las mías.²

Mi vida espiritual fue profundamente impactada en el cierre de mi verano en Tahoe cuando asistí a una reunión donde el pastor luterano Harald Bredesen estaba programado a predicar. Antes de esa noche, yo nunca había escuchado de él; sin embargo, pronto me di cuenta de que él era uno de los primeros líderes del movimiento carismático. En el curso de la noche, él mencionó un libro escrito por John Sherrill, titulado *They Speak With Other Tongues*. La historia que Bredesen contó de la experiencia de Sherrill no fue, ni remotamente, similar a mi vida en Dios. Pero él captó mi atención. Me quedé después de que terminara el estudio bíblico y hablé con Bredesen por unos minutos. Él me dio un ejemplar del libro de Sherrill, y lo leí rápidamente.

Casi desafiando completamente mi experiencia espiritual en ese momento, el tema de hablar en lenguas se convirtió inmediatamente en una obsesión para mí. A medida que mi tiempo de ministerio en la hermosa Sierra Nevada concluía, regresé a la universidad de Oklahoma para continuar mis estudios de primer año. Mis planes en ese entonces eran unirme al personal de *Crusade* después de graduarme. Sin darme cuenta de que la política “oficial, no oficial” de *Crusade* con relación a la experiencia carismática era bastante negativa. Hablar en lenguas, tal como lo descubrí rápidamente, estaba fuera del límite.

Durante los primeros dos meses de mi primer año, seguí la misma rutina todas las noches, de lunes a domingo. A las diez de la noche, caminaba dos cuadras de la casa de mi fraternidad hacia el campo de juego de la escuela primaria de McKinley, donde podía pasar desde treinta minutos hasta una hora orando fervientemente que, si el don era real, Dios me lo diera. Yo no estaba exactamente

seguro de lo que pedía. No obstante, durante varias semanas, pasé cada noche rogándole a Dios que me diera alguna indicación de su voluntad para mí referente a este don.

No puedo decir que haya esperado que algo sucediera. Mi escepticismo hacia los dones espirituales como el de lenguas estaba profundamente arraigado y generalizado. Tal como ya indiqué, mi educación y experiencia en el cristianismo, al menos hasta este punto, era decididamente cesacionista. Una cosa es segura: yo no estaba “instruido”, por así decirlo, ni psicológica o espiritualmente, para lo que sucedió finalmente.

SECUESTRADO POR EL ESPÍRITU

Una noche, en octubre de 1970, mientras estaba sentado al pie de un gran árbol en el área de juegos de esa escuela (por cierto, el árbol sigue allí), sin previo aviso, mi casi rutina normal de oración fue radicalmente interrumpida. Es importante que usted entienda que yo no experimenté con hablar en lenguas. No hice ningún intento de orar “banana” al revés una y otra vez. Muchas veces, la gente instruye a quienes no tienen el don a empezar simplemente pronunciando cualquier sílaba o palabra que aparezca en su mente. Ese puede muy bien ser un buen consejo, pero yo no hice nada de eso. No hice ningún esfuerzo consciente para alterar mis patrones de habla.

Fue como si mis oraciones normales en mi idioma fueron secuestradas por el Espíritu. Repentinamente, empecé a pronunciar palabras de sonido y forma inciertas. Repito, yo no empecé por balbucear conscientemente algunas sílabas sin sentido que luego hayan dado paso a una experiencia lingüística más coherente. Fue más como una invasión espiritual en la que el Espíritu se inmiscuyó en mi vida, interrumpió mis patrones de expresión y “me dio habilidad para expresarme” (Hechos 2:4, NBLH).

Hubo una intensificación profunda y definitivamente inesperada de mi sensación de la cercanía y el poder de Dios.

Recuerdo claramente haber percibido una sensación como de desprendimiento, como si yo estuviera separado del que hablaba. Nunca había experimentado nada ni remotamente similar a eso en toda mi vida. Mientras este fluir lingüístico continuaba derramándose, yo tuve un diálogo separado dentro de mi mente: “Sam, ¿qué estás diciendo? ¿Estás hablando en lenguas?”. Fue la primera vez en mi vida que experimenté la sensación de pensar en un idioma mientras hablaba en otro.

Estoy consciente de cuán extraño puede sonar esto. A algunos les parecerá una alucinación. Créame cuando le digo que entiendo completamente esa reacción. Lo más detallado que puedo describir lo que sucedió es que se sentía como si el velo entre mi vida sobre la tierra y las realidades del cielo fue quitado. La sensación de lo sobrenatural invadiendo lo natural fue virtualmente tangible. Desde esa noche de octubre, ha pasado casi medio siglo y nada de lo que he visto, sentido o percibido durante esos años no pueden, ni remotamente, compararse con lo que experimenté en el área de juegos de esa escuela primaria.

Mi reacción inicial a algo tan poco conocido y nuevo fue una mezcla extraña tanto de temor como de euforia. No recuerdo con precisión cuánto tiempo duró, pero no pudo haber sido más de un par de minutos. Estaba confundido, pero al mismo tiempo, me sentía más cerca de Dios que nunca. En ese momento, no tenía categorías teológicas para describir lo que sucedió. Mis amigos pentecostales probablemente insistirían en que este fue mi bautismo en el Espíritu Santo y que mi hablar en lenguas fue la “evidencia física inicial” de que este evento había ocurrido realmente. Después de todo, había nacido de nuevo una década antes, cuando tenía unos nueve años.

Como descubriré más adelante en este libro, yo creo que el bautismo en el Espíritu sucede simultáneamente con la conversión. En otras palabras, creo que el Nuevo Testamento enseña que todos los creyentes son bautizados en el Espíritu en el primer momento en que ponen su fe en Jesucristo. No tengo deseo alguno de discutir

(mucho menos, dividir) con quienes no están de acuerdo conmigo en este punto. Honestamente, no creo que sea tan importante. Lo que sí es importante es si nuestros encuentros posconversión con el Espíritu son reales. ¿Nos da el Nuevo Testamento razón para creer que podemos experimentar un derramamiento del Espíritu mayor y más poderoso que lo que recibimos al principio cuando creímos en Jesús? En mi opinión: sí. Ya sea que llamemos a este evento “bautismo en el Espíritu” o “llenura del Espíritu” o “unción del Espíritu” es totalmente secundario a la pregunta más apremiante de si el Espíritu Santo está realmente haciendo algo en nosotros o a nuestro favor más allá de lo que sucedió en la conversión.

Mientras reflexiono en esa noche de octubre, más inclinado estoy a verlo como una llenura poderosa del Espíritu Santo en vez de un bautismo en el Espíritu (aunque, como puede notar, estoy dispuesto a ser convencido de que sea de otro modo). Habiendo dicho eso, tengo que confesar que cuando busco las palabras para describirlo, lo único que viene a la mente es inmersión y saturación, una sensación de ser inundado o anegado con la presencia de Dios.

Aquellos que han tenido una experiencia similar saben por qué me cuesta describir lo que sucedió. Mi relación con Dios hasta ese punto había sido, por mucho, si no enteramente, intelectual. No estoy dudando la realidad de mi salvación. Digo simplemente que, aparte de un par de momentos emocionales en la iglesia cuando era niño, y la sanidad milagrosa de una migraña cuando tenía once años, no tenían consciencia tangible de una dimensión de la realidad más allá de lo que podía encontrar a través de mis cinco sentidos. Sin embargo, durante la noche en cuestión, fue como si la barrera que separaba mi ser del ser de Dios fue quitada. Mi espíritu estaba envuelto en el Espíritu de Dios. Ni antes ni después de aquel día me he sentido tan directa, empírica e innegablemente en contacto con el ámbito de los sobrenatural.

Aunque el inicio del don de lenguas fue inesperado, yo elegí conscientemente dejar de hablar. Me puse de pie de un salto, regresé a la casa de mi fraternidad lleno de emoción y llamé a un

amigo que era parte del personal de *Campus Crusade for Christ*. No le dije lo que había sucedido, solo que necesitaba hablar con él inmediatamente. Treinta minutos después, estaba sentado en su vehículo y dije: “Nunca adivinarás lo que sucedió esta noche”.

“Hablaste en lenguas, ¿verdad?”, preguntó, casi inexpressivo.

“¡Sí! ¿Cómo lo sabes? Fue grandioso. Pero no entiendo lo que significa”.

Yo le importaba mucho a este hombre y él no tenía intención de ofenderme ni de obstruir mi crecimiento cristiano. Pero lo que dijo me impactó por muchos años.

“Sam, te das cuenta, ¿verdad? De que tendrás que renunciar a tu cargo como líder estudiantil y renunciar a cualquier esperanza de unirse al personal cuando te gradúes. Campus Crusade no permite que gente que habla en lenguas tenga posiciones de autoridad. Claro está, si no lo vuelves a hacer, no necesitamos decírselo a nadie. Todo puede ser como antes”.

Me sentía abatido y estaba profundamente confundido. Recuerdo haber tratado de hablar en lenguas débil y temerosamente, pero nada sucedió. No queriendo renunciar a mi posición en el ministerio en la universidad, concluí que tuvo que haber sido algo que no era el Espíritu Santo. Yo nunca pensé que fuera demoníaco, aunque muchos de mis amigos sí. Lo explicaba como un estallido emocional temporal que me convenía olvidar. Raras veces mencioné el incidente en los años siguientes, temía el desdén de mis amigos, quienes miraban con sospecha a cualquiera remotamente asociado o interesado en el don de lenguas. Aunque no se necesita decirlo, ¡no volví a hablar en lenguas en veinte años!

Creo que es importante señalar que en lo profundo de mi corazón, siempre supe que la experiencia fue un encuentro genuino con el Espíritu de Dios. Mi acuerdo con quienes lo explicaban (para anularlo) recurriendo a factores psicológicos no era motivado necesariamente por convicción, sino más bien por temor a provocar que me ridiculizaran o, aún peor, por temor a perder su amistad. También creo que mi intento por descartarlo como un fenómeno

momentáneo, de una sola vez, que es mejor dejarlo en el pasado, era ofensivo para Dios y un ejemplo claro de apagar al Espíritu Santo.

Después de graduarme en mayo de 1973, mi esposa y yo nos mudamos inmediatamente a Dallas para empezar mis estudios en preparación para el ministerio en el Seminario Teológico de Dallas (DTS por sus siglas en inglés). Me encantó el tiempo que pasé en DTS. El hecho de que mi trayectoria teológica haya dado un giro diferente de lo que me enseñaron allí, en ninguna manera, disminuye el respeto que tenía y aún tengo por la educación en la Palabra de Dios que me dio DTS. Sin embargo, todo el claustro estaba comprometido en creer que ciertos dones espirituales, tal como hablar en lenguas, fueron restringidos al primer siglo de la iglesia primitiva.³ Se me enseñó, en virtualmente todas las clases, que una vez que la primera generación de apóstoles murió, también murió el don de lenguas. Por respeto a mis instructores, acepté esta perspectiva y la enseñé fielmente a lo largo de los primeros quince años de mi ministerio en público. Sin embargo, durante todo ese tiempo, mi experiencia personal de varios años atrás permanecía en mi memoria y me perseguía con el recuerdo de lo que Dios había hecho.

Anteriormente, escribí sobre mi transición de ser un cesacionista, quien se burlaba regularmente de las prácticas carismáticas, a ser un continuista, quien no solo cree sino que, además, procura regularmente y practica la gama completa de los dones espirituales.⁴ Aquí, solamente voy a señalar que mi transición teológica de evangélico cesacionista a evangélico continuista o carismático empezó en algún momento a finales de 1987 cuando leí el libro de D. A. Carson: *Showing the Spirit: A Theological Exposition of 1 Corinthians 12–14*. (Pero me estoy desviando del tema).

Un poco más de veinte años después de esa experiencia de octubre en el área de juegos de la escuela McKinley, en noviembre de 1990, asistí a una reunión anual de la Sociedad Teológica Evangélica en Nueva Orleans. Mientras estuve allí, pasé tiempo con Jack Deere, un amigo cercano y excompañero de DTS. Jack es el autor de *Surprised by the Power of the Spirit* y *Surprised by the*

Voice of God, ambos libros son excelentes refutaciones bíblicas del cesacionismo. Jack dio clases de Antiguo Testamento y Hebreo en el DTS durante doce años antes de ser despedido debido a que abrazó el continuismo. Al momento de nuestra visita a New Orleans, él se desempeñaba como asociado de John Wimber en su iglesia *Anaheim Vineyard* en California.

Una noche, durante la cena, le compartí mi recorrido y le conté de lo que había sucedido en el otoño de 1970, esperando recibir consejo adicional sobre la naturaleza de mi experiencia y lo que podría ser la voluntad de Dios para mí. Él me recordó algo que el apóstol Pablo le dijo al joven Timoteo: “Por lo cual te aconsejo que avives [“reavives” en la versión ΒΛΠΗ] el fuego del don de Dios que está en ti por la imposición de mis manos. Jack, entonces, impuso manos sobre mí y le pidió al Señor que reavivara en mí este don que Él me había otorgado hacía tantos años atrás.

Este versículo en 2 Timoteo es importante. Nos dice que uno podría recibir un don espiritual solo para descuidarlo e ignorarlo. La imagen que Pablo usa es útil. Él describe un don espiritual en términos de una llama que necesita ser avivada continuamente. Si no se entiende, nutre y utiliza en la forma en que Dios lo diseñó, lo que una vez fue una llama ardiente, brillante, puede ser reducida a una brasa lenta. Él dice en esencia: “Toma los pasos que sean necesarios: estudia, ora, busca el rostro de Dios, ponlo en práctica; pero, en todo lo posible, aviva el fuego hasta que ese don vuelva a su intensidad original”.⁵

Yo tomé el consejo de Pablo para Timoteo y lo apliqué a mi propio caso. Cada día, aunque fuera por unos minutos, rogaba a Dios que renovara lo que me había dado, pero que yo había apagado. Oraba pidiendo que, si era su voluntad, yo pudiera, una vez más, orar en el Espíritu, hablar el lenguaje celestial que lo adora, le agradece y bendice. (Vea 1 Corintios 14:2, 16, 17). A diferencia de mi primera experiencia con el don de lenguas, yo no esperaba algún tipo de convulsión divina, sino en fe empezaba sencillamente

a pronunciar las sílabas y palabras que el Espíritu de Dios traía a mi mente.

Han pasado casi treinta años ya desde que Dios renovó su hermoso regalo en mi vida. Orar en el Espíritu de ningún modo es el don más importante. Tampoco es una señal de espiritualidad o madurez mayor a la de quienes no tienen este don en particular. Por otro lado, ningún don de Dios debe ser despreciado, ridiculizado o reprimido. Si nada menos que un hombre como el apóstol Pablo puede decir: “Doy gracias a Dios que hablo en lenguas más que todos vosotros” (1 Corintios 14:18), ¿quiénes somos nosotros para despreciar este bendito don de Dios?

Como dije en la introducción, este libro está estructurado alrededor de preguntar y responder lo que yo creo que son las treinta preguntas más cruciales relacionadas a hablar en lenguas. Así que, empecemos.